

llena de amor propio que los conduzca á ser censurados por los que conocen la incapacidad de que adolece cualquiera inteligencia, por muy elevada que sea, para saber más allá todavía, de donde ella misma no es capaz de darse razon de su propio estado que guarda en su ser.

Si difícil nos es evidenciar la existencia del sér que dió la ley para que se efectuara la creacion, arreglada á la naturaleza de obrar de las sustancias, mucho más difícil será negarla cuando los mismos hombres lo certificarán, por ser el producto resultado de esa misma ley de la naturaleza de Dios que pudo darla.

Ya hemos dicho que los elementos no podrán de por sí dar resultados en la creacion, que indiquen ningun acuerdo de razon: esta dimana de la ley de Dios que la posee, para dar un resultado en absoluta razon, y todos aquellos resultados irregulares de la creacion pertenezcan á la naturaleza elemental. Juzguemos detenidamente este punto, y deduciremos, sin mucho trabajo, que Dios ha dado su ley para que se efectúe la creacion; y las sustancias al obrar por sus calidades, dan diversos resultados que vienen á ser sus leyes propias que, reunidas todas á la ley de absoluta razon, han dado en la creacion el resultado que se le ha nombrado "*la naturaleza*," de donde dimanaban todas las leyes naturales. Si consideramos el progreso intelectual de la especie humana, tal vez lo consideremos infinito, y para ello solo será necesario que la especie se perpetúe viviendo en este mundo. Y si consideramos la infinidad de otros mundos que existen en la inmensidad, en donde habrá seres inteligentes con una escala de progreso que no conocemos, y con otras calidades superiores que podrán tener, ¿cuál no será la proximidad hácia Dios de esas clases? Si el Universo estuviera limitado á solo la existencia de la tierra, no tendríamos embarazo para decir que la especie humana era la iniciada á formar la clase superior ó divina.

Dios es, pues, en el Universo, un sér constituido en la esencia intelectual y formado de por sí con sus propias circunstancias, en donde reasumirá su individualidad la suprema singularidad esencial que lo representa incluido en las cosas reales de las sustancias.

CAPITULO V.

LOS DOS POLOS DE LA INMENSIDAD Y LA CREACION.

Con el nombre de "Los dos polos de la inmensidad," se quiere significar lo más grande y lo más pequeño. Aceptamos esta significacion, siempre que se trate de las dimensiones de los cuerpos, desde los soles del Universo hasta los átomos, y no admitimos la de lo infinitamente grande al tratar de la inmensidad del Universo, ni la de lo infinitamente pequeño al hablar de los cuerpos, porque no están en relacion del uno al otro polo que se trata de indicar. En lo que se denomina infinitamente pequeño, se halla la unidad del átomo, representando un sér, ya sea de la materia ó ya del espíritu: en lo que se denomina infinitamente grande, se halla el espacio infinito del Universo, en donde tienen su morada tanto los átomos como los inmensos cuerpos siderales. Hemos visto "En los mónstruos invisibles" por Aristides Roger, parte 7^a, capítulo XI, el encabezado que sigue: "Los dos polos de la inmensidad," y su contenido que dice: "Entre estos dos extremos invisibles, lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, si buscamos qué sitio es el nuestro, nos quedaremos sorprendidos y espantados á la vez. Por de pronto, ¿estamos á igual distancia de esos dos polos de la inmensidad? Esto no es probable: comparados con el infusorio, somos todo un universo, y tenemos, sin embargo, un principio y un fin: comparados con el Universo, somos mucho ménos que el infusorio, y

los mundos innumerables, suspendidos como el nuestro en el espacio, nos abruman con su grandeza.”

Estaria bien, si el autor se refiriera á lo pequeño de los átomos y á lo grande de los mundos; pero no convenimos con lo infinitamente grande, ni con lo infinitamente pequeño, porque lo infinitamente grande solo se comprende por el espacio infinito y no por el tamaño de los mundos que son finitos en sus dimensiones: lo infinito en lo pequeño, solo existe en la imaginacion al dividir un cuerpo hasta lo infinito; porque está admitido que los cuerpos por fin tienen su límite en diminución, hasta llegar á los átomos que lo firmaron, y por consiguiente, la realidad de lo infinito en lo pequeño, no existe. Sin embargo, aceptamos la significacion de «Los dos polos de la inmensidad» con la que llevamos expuesta, y con más razon cuando necesitamos tocar en el presente capítulo de las dos dimensiones opuestas, y solo decimos al autor citado que salga de su miopía en aquello de «y tenemos, sin embargo, un principio y un fin.» Estaríamos de acuerdo con dicho autor si rectificara, refiriéndose al principio finito de la formacion de nuestros cuerpos; pero comprendemos que no es esa su referencia, y que va directa á la suposicion de una existencia efímera de nuestro sér constituido en el alma, y aun refiriéndose á la materia, á esta la representan sus átomos, que no han tenido principio ni tendrán fin. Ya otros autores como Schopenhauer, el Dr. Büchner, Francisco Vila, etc., han destruido ese principio que se hace consistir en el alma. Si los que tienen tales creencias, no las publicaran, serian acreedores á la consideracion de su anonadamiento; pero dejan de serlo cuando reparten á los que los escuchan y aceptan sus ideas, el dardo envenenado que los tiene heridos en lo más sensible de sus corazones. Tal vez á estos los guie su conciencia á un consentimiento de la no existencia eterna del mismo sér de razon que los repre-

senta, pues al publicar semejantes errores, deben entenderlo así. Pero ¿cómo es que considerándose entre la nada, son elevados de por sí á la categoría de un sér que por fin halló confundido entre la nada el sustancial de su existencia? El que nada es, nada puede hallar ni saber, y mucho ménos tiene autoridad para desahuciar al que está en plena salud. Un médico, cuando vé que su enfermo no tiene remedio, no le dice que va á morir, por no agravar más su situacion en los postreros momentos de su existencia, y esto que el médico sabe á ciencia cierta que su enfermo morirá. ¿Con qué autoridad de ciencia cierta, se destroza en plena salud lo más íntimo de los seres que es la realidad de la existencia del alma? Tales absurdos toman ascendiente al pié de la creacion finita en su estado de metamorfosis, y tendrán que hacer consuncion ante la realidad de los hechos naturales que presenten en todo efecto lo eterno y real de sus causas en las sustancias. Para poder definir la palabra «creacion», necesitamos ocurrir á la acepcion que se le ha dado, no obstante haber manifestado ya nuestro dissentimiento en este punto. La definicion de la palabra «creacion», dice así: «El acto con que el Supremo Artífice de la naturaleza fabricó de la nada todo lo existente. —El mundo, el orbe y sus sistemas físicos y metafísicos: el conjunto grandioso de seres organizados é inorgánicos, de lo material y espiritual, de lo corpóreo é incorpóreo etc.»

Se dice: el universo con sus mundos y todas sus especies fueron creadas, y se le agrega que estas especies y los mismos mundos son finitos; pero ¿de qué se podrá tratar en esta solucion? ¿Será de la forma ó de la sustancia? Si se trata de la forma, estamos de acuerdo (en ciertos casos) en la creacion y en su fin; pero si en algo se quiere incluir á la sustancia, entónces no es cierto ni lo uno ni lo otro. La sustancia es increada é infinita: estas sus-

tancias son los elementos y los espíritus. Decir sustancia, es tratar del común general de lo que existe en la realidad del universo, que, por leyes esenciales de cada uno de los elementos se reúnen entre sí y nos presentan una forma en un objeto, desde el miembro más pequeño en el organismo de un infusorio, hasta el astro mayor que pueda haber en el firmamento. Pero observad bien que ni el pequeño miembro en el organismo del infusorio, ni el mayor astro del firmamento son la unidad individual de la sustancia que ya estaba, pues ésta reside en la individualidad de cada uno de los átomos que en reunión hacen la forma, y con ella la creación. Si cualquiera de estas formas fuera destruida hasta su estado indivisible volvería á su origen de átomos, y de esta manera se efectuaría el final de aquella creación en la forma, pero no en la esencia atómica de que se compuso.

Quien tenga medianos conocimientos de lo que son reacciones químicas ¿no sabe que esto es lo que pasa en las formaciones de la naturaleza en todo el mundo? Las sustancias son eternamente las mismas: las formas son las que cambian, y éstas hacen la creación que se le nombra finita, por el cambio de la forma. También á la forma se atribuye un sér que lo es, en efecto, pero no un sér individual: es un conjunto falible de individuos en la existencia de la forma. La realidad existe en el origen universal de los átomos, ó sea en la sustancia indivisible. Todo, absolutamente, procede de esos seres originales en quienes reside el poder criador, dado por ley divina, y sus calidades innatas: ellos son las causas en la naturaleza; ellos son, en fin, la singularidad, el común y el todo. En la existencia del total de los átomos, se hallan las diferentes calidades de ellos, pues las sustancias se hacen distinguir por la calidad. En las formas existen clases que las hacen distinguirse por las calidades de sustancias de que se forman.

En nuestro globo conocemos la forma inerte, la forma organizada y la animada. Esta es la que se supera á las demás en clase, siendo la primera la forma humana. Sin embargo, en todas estas formaciones se encuentra el sustancial material de los elementos que conocemos; pero estas formas animadas lo están por una sustancia más que no conocemos, con el nombre vulgar de los elementos. Su causa cualitativa es disuelta á la singularidad individual del alma, sin dejar por esto de ser una sustancia: no forma cuerpos de su misma especie, y en esto consiste que no pueda prestarse al reconocimiento ante sus mismas fuerzas actuales, sin la existencia de otras superiores, y de esto ha dimanado que haya sido anonadada por los materialistas, que no admiten más de lo que hallan en el análisis de los cuerpos, para lo cual se necesitaria que el cuerpo analizado estuviera en toda la operación hasta el fin de ella, en su estado de vida animada, hasta condensarse el alma.....

Los materialistas ocurren á sus instrumentos de química, física, etc., etc., y por más que buscan no encuentran otra sustancia que la visible y pesable que se ha reunido y mezclado para formar cuerpos en la creación. Tales hombres, llevados por fin, por su ciencia imperfecta, balbucientes y vacilantes dicen: "No existe el espíritu y, como consecuencia inmediata, no existe el alma: existe solamente la materia que encontramos gravitando sobre nuestras balanzas, ó formando en nuestras retortas." ¡Qué equivocación! ¡Cómo yerra la ciencia de hecho ante el juicio de la razón! Ya se ve, aquella debe, en mucha parte, á ésta su existencia.....; pero ¿qué decimos? Las ciencias no son culpables: ya practicadas son infalibles; pero no pueden pasar los límites de su alcance. Los materialistas que conocen lo limitado de la ciencia, ocurren á la metafísica en busca de lo espiritual que se halla fuera de aquel círculo hasta ahora estrecho; y ya

sea porque..... no hallaron nada, ó ya por una idea so-
metida al principio científico, no cejan de su materia ana-
lizable, y en sus hipótesis unos dicen que el alma es un
efecto de la materia cerebral, en donde reside el foco de
la sensibilidad nerviosa de todo el cuerpo: otros, que lo
que se llama el alma, es el pensamiento, y que éste no es
otra cosa que secreciones de sangre en el cerebro como
las secreciones de la orina en los riñones. Y hay quien
diga que los cuerpos animados son efectos naturales de
las leyes de mecánica, como el movimiento de una má-
quina de vapor, de un reloj, etc. Más adelante refutare-
mos todas estas hipótesis que se desvían de la causa jus-
ta que encierra el axioma sustancial.

¿Qué razon podremos tener para querer hallar en nues-
tro análisis á una sustancia que no se reúne á formar cuer-
pos? ¿Quién es el que haya tomado aun de la materia que
se reúne uno de los átomos de que se compone? ¿Quién
lo ha visto? ¿Quién lo ha pesado? ¿Quién lo ha palpado?
Y sin embargo de los instruidos en química ¿quién niega
la existencia de estos átomos? ¿Quién niega que no son
ellos los que solo por la cualidad de reunirse se ponen en
condicion de facilitarse para conocerlos? Y, por fin,
¿quién niega que sin esta cualidad no estaria tambien á
nuestro alcance reconocerlos, lo mismo que no lo está el
poder reconocer esa sustancia que anima, por hallarse
siempre constituida ó en un fluido que no da cuerpos de
su especie fluida ó en una sustancia singular ó indivisi-
ble? El elemento de animacion en los animales, viene á
ser el comun ó el todo de las singularidades sustanciales
en que se constituye, y por esto se halla siempre invis-
ble y diferente á la materia que se reúne á formar ele-
mentos; y no solo, sino que tambien pueden existir sus-
tancias que se reúnen á formar un fluido como la electri-
cidad, el calórico y tal vez la luz que, como tales, no se
han prestado para ser reconocidas.

¿Qué razon tenemos para suponer igualdad en las le-
yes cualitativas de las sustancias en general? Pues ¿qué
no vemos que difieren en sus afinidades y reacciones del
uno al otro elemento? ¿No vemos la escala en dureza de
los elementos metálicos, desde el cromo que raya al vi-
drio hasta el mercurio que es disuelto en líquido? ¿No
vemos los metaloides, cuerpos sólidos, y los metaloides
gases? Así mismo existe tambien una sustancia que no
se reúne á formar elemento con otras singularidades de
su especie, y que ademas tiene su calidad sensible que
causa la animacion que, al entrar á un cuerpo de los com-
puestos y organizados, resulta un progreso de cualidades
con la forma animal. Pues si esta sustancia se reuniera
entre sí como lo hacen las demas, perderia su individua-
lidad, y no existiria el *yo soy* en el animal. Un animal,
por ejemplo, el hombre, puede tener su cuerpo plagado
de millares de otros animales que viven dentro de la mis-
ma forma del hombre, y no solo no hacen causa comun
en una misma existencia, sino que hasta ignora éste que
pueda tenerlos, y cada uno de estos animales, con el alma
del hombre, es un individuo separado que reconoce en sí
su sensibilidad, su voluntad y animacion propia.

Si un cuerpo fuera animado por muchas singularidades
de la especie que lo anima, no tendria el acuerdo de un
individuo solo: seria un cuerpo animado sin la interven-
cion de los sentidos corporales, que solo una singularidad
podrá estar instruida de su misma combinacion de inte-
ligencia en ellos, pues si los sentidos del cuerpo estuvie-
ren en condiciones útiles para muchas singularidades,
seria el animal que representa la forma, un torbellino en
sus ideas y en su voluntad: sus mismos sentidos corpo-
rales no le servirian de nada, porque si un individuo
viera algun objeto, no le veria otro ni los demas, y así
sucesivamente, con las facultades en los demas sentidos.
El conjunto de sustancias vivificadoras aunque pertene-

ce á la clase de animacion, no es de una esencia sola: está dividido en calidades que tienen sus diferentes afinidades en las especies de cuerpos que animan, y según está arreglado á diferentes especies de animales, así son también diferentes especies cualitativas de almas. Sin embargo, todas ellas se constituyen en seres de animacion, en que cada clase tiene ya innato su grado de razon, el cual se desarrolla en la creacion, arreglado á dicho término de grado innato.

Creemos que nada bien habrá parecido al lector, que hayamos hecho descender su existencia hasta el pequeñísimo tamaño de un ser invisible, y que se le hará imposible que un ser de tan pequeña magnitud pueda gobernar á un cuerpo como el de la especie humana; pero en cambio le diremos que no crea imposible que una entidad tan sublime y ya progresando sus cualidades en la forma, disponga de un cuerpo que ese ha creado con arreglo á las circunstancias que ha necesitado para sí.

Hemos dicho que en nuestro entender, los dos polos de la inmensidad deben consistir en lo sustancial y no en lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande, que solo pertenecen á la imaginacion, porque á ese átomo que en la realidad tiene su *hasta aquí* en lo diminuto, imaginariamente podría todavía ser dividido hasta lo infinito, y por más que se dividiera siempre habría sustancias en él. Hé aquí manifestadas á las causas reales en la sustancia, que ni por medio de la imaginacion se alcanzaria á anonadarias.

Lo infinitamente grande se separa de las sustancias, para solo imaginar el espacio infinito de todo el universo. De manera que nosotros damos á los dos polos de la inmensidad una definicion limitada y no infinita, sujetándola al hecho real de las causas en general, desde el átomo indivisible hasta el mayor cuerpo sideral del univer-

so, en que cada uno de dichos átomos se constituye en causa individual.

El espacio infinito pertenece al local en donde pululan todos los cuerpos siderales y finitos en sus dimensiones, cuya inmensidad infinita en el espacio confunde á la actual inteligencia, cuando trata de indagar una conclusion en él, pues por más que se remonte la imaginacion, no puede darle forma alguna á ningun término, cuyo misterio se halla relegado para otra época en el progreso de la inteligencia humana, en que tanto este misterio como el espiritual, el principio de orden arreglado de organismos rudimentarios y el de los fluidos imponderables serán razonados en sus causas con mejor inteligencia, pues se hallan fundados estos misterios en las causas reales. Sin embargo, el espacio infinito puede hallarse su término constituido en la nada, y en tal caso, donde concluyen los seres, allí es el principio y el fin de lo insustancial que constituye el vacío que, no perteneciendo á ningun ser en la sustancia, se hace infinito el querer hallarlo de él.

No cabe duda que entre las dos existencias sustanciales, una, la más pequeña, y la otra, la más grande, hay una inmensa distancia de una á la otra, en tamaño. Sin embargo, la existencia del monstruo está formada del conjunto infinitésimo de la materia. Ahora bien, entre el ser individuo sensible y el ser conjunto ¿qué diferencia tendremos? El primero es un ser único, es absolutamente en sí, es el *yo soy* que por su cualidad de acuerdo animado, es el *yo* dispongo de lo que me sea útil de entre los elementos. Su tamaño es adecuado á la vida estable y eterna. No es posible que el choque de un brusco elemento divida á ninguno, porque su pequeñez flexible ó diminuta no se presta á ser cojida por ningun cuerpo. A todo el mundo material de composiciones lo tienen para su uso y servicio, porque son la sensibilidad y el acuerdo de lo que se hace; pero también es cierto que en

la creacion necesitan de todos los elementos, porque sin ellos no podrian conservar mas que la individualidad en vía de un progreso que hagan, regenerándose en la creacion con ellos, por obra del sér superior que la determinó con su ley de acuerdo general y anticipado. Este es el estado que guarda el sér singular de la vida que anima, que, como los átomos de la materia, son el polo de la inmensidad pequeña, en donde residen los seres que han formado los cuerpos inmensos de la creacion que pertenecen al polo de la inmensidad grande. Ahora bien, ¿en dónde puede residir el sustancial individuo singular de un sér, si en un exagerado cuerpo inhábil de su individuo por su naturaleza, que se compone del comun, sujeto à vicisitudes y alteraciones, y, sobre todo, sin acuerdo en sí de su propia existencia? ¿O acaso en el individuo, vivificador, eterno y propuesto para establecerse con la forma?

Desde luego comprenderá el lector que no hemos hecho descender á su existencia, y sí la elevamos al rango original de los seres reales. En cuanto á lo que parece imposible, que un sér tan pequeño haga efecto de gobierno en el cuerpo que anima, manifestaremos algunos razonamientos que hacen analogía en tal caso.—El maquinista de un ferrocarril, provée de antemano su locomotora de los elementos necesarios para las circunstancias de un viaje: engancha en ella una cantidad de carros llenos de pasajeros, se mete en su locomotora, anuncia su partida por medio del silbido de un pito que parece el anuncio hecho ya no por el maquinista sino por aquel motor que va á partir. Este, por fin, parte con el tren mecánico, con rápidos movimientos, los aminora, los acelera, lo hace parar en donde quiere, vuelve á partir y retrocede cuando lo desea. ¿Quién dispone todos estos movimientos? ¿Cómo comunica su voluntad el mecánico á todo aquel mónstruo? Si los medios de la mecánica nos

explican la causa de los movimientos de esta máquina, no nos explican la causa de voluntad del maquinista, para comunicarle movimientos racionales que, sin él, no tendría aquella maquinaria; y, por consiguiente, no es el motor de la máquina el autor de aquellos movimientos racionales, sino el maquinista que, con los elementos de que se provoyó, pudo hacer su voluntad. De aquí resulta que el alma que dirige al maquinista, se amplifica todavía más allá de los límites en que está unida á aquel cuerpo, y sus mismos efectos pueden seguir haciendo aun mayor extension. Si vemos, pues, obrar su influencia hasta en los límites separados de su órbita corporal, ¿cómo podremos dudar de su gobierno sobre ella, solo por su pequeñez? Lo mismo podriamos decir del piloto de un buque, y en mayor escala, de Carlos V, de Alejandro el Grande y, por último, de Napoleon I, cuyas voluntades fueron esparcidas á largas distancias de la en que se encontraban sus formas.

El pensamiento puede extenderse á los dos polos de la inmensidad con más violencia que lo haria la luz; aquel efecto nos demuestra la eminencia de la causa que lo produce, cuya grandeza es medida por su calidad y no por su dimension, pues ésta solo puede apreciarse en la materia que le sirve al espíritu.

Las leyes de movimiento y atraccion en este mundo, y el equilibrio de los cuerpos siderales, todos son efectos que tienen sus causas en las sustancias. El mismo Newton que fué quien descubrió la existencia del movimiento, atraccion y repulsion de los cuerpos siderales, pone en duda sus teorías sobre causas que ha expuesto; y con más razon nosotros que somos muy inferiores á aquel hombre científico en esa parte, debemos someter al juicio de los científicos nuestra opinion sobre ese punto, que en seguida exponemos. Para poder discutir, necesitamos primero admitir la existencia de una sustancia etérea que